

LOS LUNES DE EL IMPARCIAL

AÑO LVIII

MADRID, 15 DE JUNIO DE 1924

NÚM. 20.398

A OCHO DIAS VISTA

Benavente en el cine



El insigne dramaturgo ha autorizado a una importante Empresa cinematográfica española, de reciente fundación, para reproducir en la pantalla luminosa todo su repertorio escénico. La primera de sus obras ha sido ya estereoscopiada—valga el neologismo, en gracia de su oportunidad—en los talleres que ha instalado en París aquella Compañía. Hay que felicitarle, en primer lugar, de que el capital español se haya decidido a invadir un campo artístico del que parecía excluido hasta ahora y que tan pingües rendimientos promete. Ese absentismo, si se considera que poseemos aquí elementos dramáticos y técnicos de primer orden para vitalizar aquella industria, era imperdonable. ¿Por qué dejar al extranjero el monopolio de un espectáculo tan en auge como el cine? Los que han visto la primera obra de Benavente, que acaba de recoger en la pantalla luminosa la Empresa de que estoy hablando, se hacen lenguas de la fidelidad y del arte con que ha sido reproducida. Al propio autor le hemos oído alabar ese inteligente alarde de composición y de buen gusto de los que son, en cierto modo, sus colaboradores, ya que han prestado todo el sanguíneo relieve de lo real a las ingeniosas, poéticas y sugestivas fantasías del esclarecido escritor. No es fácil el reproducir en una cinta cinematográfica la obra de un dramaturgo de la laya intelectual de Benavente, que ha preferido siempre interesar al espectador por la noble seducción del pensamiento, a conquistarlo con las sorpresas de la fábula. En el teatro del gran literato, lo íntimo, que es exudación de la sensibilidad y voz de la conciencia de los seres, está por encima de lo externo. El factor acertijo, garantía primordial de éxito para otros escritores que lo fían todo a la curiosidad un poco pueril de la muchedumbre, queda tácitamente subordinado al pensamiento fundamental, del que se desprende la más variada proliferación de ideas, ninguna, sin embargo, divergente del tema que anima la obra. En ese sentido, Benavente es más un dramaturgo a la europea, que un autor netamente español. Sin que pueda sostenerse que el espíritu de nuestra raza esté ausente de su obra, como expresión de los modos de pensar y de sentir que nos son peculiares, no parece aventurado el suponer en su teatro el predominio de corrientes de sensibilidad, de conciencia y de pensamiento más universales que españolas. Ese carácter de la obra general de Benavente tiene su pro y su contra. Lo que hay de cosmopolita en su trama intelectual, que le granjearía la admiración del extranjero, limita su capacidad de perdurar en la tradición dramática nacional. En ese respecto, Echegaray es el último dramaturgo que empuja la palma con el pasado literario de nuestra escena. Benavente es algo aparte. A su genio creador vienen aires de todos los cuadrantes y savias de todas las floras

mentales. La diversidad de su obra lo prueba. A expresarse en francés, Benavente estaría en la categoría de un Dornay y a bastantes codos sobre un Wolf o un Capus. Del primero tiene el humorismo humano, extraído del contraste de las pasiones y la habilidad para articular la acción, de modo que no se vean sus puntos de sutura, y a los otros los aventaja por la coherencia y la densidad del pensamiento. Ya echará de ver el lector que me ciño, al buscar las afinidades, a los escritores contemporáneos de Benavente. Eso, en el género grande. En otra fase del talento del gran dramaturgo, que es la comedia ligera, sin subterfugio filosófico, o mejor dicho, sin muy anchas perspectivas trascendentales, el escritor se acerca más a la tradición española por su fidelidad a nuestro costumbrismo social. Sin duda por eso, las tales obras—«Al natural», «El mal que nos hacen», «Los malhechores del bien», «La fuerza bruta» y algunas otras de la misma familia dramática—han sido los éxitos más vivos y duraderos del precioso ingenio, lo cual no quiere decir, a

nuestro juicio, que sean las mejores. Claro es que nadie puede envanecerse de precisar lo que hay de permanente en una obra escénica, escrita, generalmente, para divertir a una generación. Lo más probable es que casi todas las obras pasen sin dejar rastro en el recuerdo de las gentes. El desvío con que se acoge de ordinario la reposición de una comedia que entusiasmó al público al ser conocida por primera vez, demuestra que aquellas supuestas condiciones para perdurar, que se adjudicaba su autor, aludido por el aplauso de la primera noche, eran demasiado frágiles y quebradizas. Lo eterno de las obras está en lo que puso de humano el autor en ellas como sentimiento o como idea; pero no en lo humano aparential que se expresa superficialmente con el gesto y con la palabra, en la trivialidad corriente del diálogo, sino en lo que brota de la entraña de la obra, filtrado por la conciencia. A través de Hamlet parece que habla toda la melancolía del mundo, y cuando en Otelo nos dice Shakespeare que en amor los más menudos indicios dan pábulo a

las más grandes sospechas, ha hecho la disección de los celos. ¿Quién podría mejorar esa definición? Pero para hallar observaciones de ese fondo trágico de la vida y ecos patéticos de la conciencia universal, hay que ir a Shakespeare. Racine, que es, después del poeta inglés, el dramaturgo a quien debemos más nobles emociones, carece de su inexorable clarividencia para sondear en el alma humana, y en cuanto a nuestro Calderón, que es, sin duda, un gran dramaturgo, sus aciertos de psicólogo están tan escondidos entre el follaje de la retórica, que apenas nos impresionan, porque el verbo del caudaloso poeta amortigua la fuerza de sus ideas...

Reanudando el asunto inicial de estos comentarios, permítaseme insistir en que estamos de enhorabuena porque se haya constituido en España una gran Empresa cinematográfica, dispuesta a aprovechar los ricos yacimientos de nuestra literatura dramática, y ha sido una idea excelente de sus directores el empezar su labor reproduciendo el interesantísimo repertorio de Benavente. Yo creo, sin embargo, y al decir esto se me figura que anticipo planes de aquella Empresa, que en pos del repertorio del insigne dramaturgo vendrá la proyección cinematográfica de otras obras de fondo histórico y novelesco, genuinamente españolas, que estamos seguros de que llamarían la atención en el extranjero. ¿Por qué ha de estar limitado el cine entre las fronteras de lo melodramático y de lo trágico? Hay en nuestra historia y en nuestra literatura una riqueza de elementos épicos y pintorescos, inexplorada hasta ahora, que esa Empresa haría bien en descubrir y aprovechar, con el concurso de escritores de autoridad que todos conocemos. De esa cantera se podría extraer un material de hechos históricos y novelescos del más alto interés dramático, que tendrían, además, el encanto de las realidades retrospectivas inéditas. ¿Qué obra de teatro podría apasionar tanto como la vida de Don Juan de Austria, tan fecunda en episodios gloriosos y tan patética en su desenlace, pongo por caso, escenificada con honradez? Piensen lo los directores de esa importante Empresa que se dispone a darnos, por ahora, el repertorio de Benavente, porque ello vale la pena.

Aclaraciones

Un *lapsus plumae* me hizo posponer el comienzo de la dominación romana en España al advenimiento de Jesucristo, cuando empezó, en verdad, loscientos cinco años antes de nuestra era. Dejar en pie el error valdría tanto como haber olvidado a Yndivil y Mandonio, a Viriato, que pasó de pastor a guerrillero, y no acordarse de Numancia, ni de Sertorio, ni de Munda, ni de las campañas de Octavio Augusto, terminadas por su yerno Agrippa, ni del gran Emperador «pío, felice, triunfador Trajano», de grata memoria para sus compatriotas, y es relegar a la oscuridad histórica a Adriano, cuya cuna de marfil y oro se mecía en Iberia, según los versos atribuidos, por unos a Rioja y por otros a Rodrigo Caro, e invocado en un brindis reciente por el ilustre periodista italiano el redactor del *Giornale d'Italia* Sr. Scala.

ARTE ALEMÁN



SAN JORGE.—Cuadro de Fritz Boshle

Alguna alusión se hizo en otro tiempo
Ayuntamiento de Madrid

Eduardo M. DEL PORTILL.

Para alusiones

—Juan de la Encina se mete con usted en *La Voz*—me dice un señor con la convicción del que me presta un servicio. —¿Conmigo? ¿Por qué?—pregunto con extrañeza. —Dice que usted ha hecho un paralelo entre López Mezquita y Whistler, y le llama a usted indiscreto e intempestivo en sus apreciaciones. —¡Hombré! Eso no puede ser. Juan de la Encina, aun dejándose influir por su pseudónimo, riesgo que él elude cuidadosamente, no ha podido imputarme ese disparate. Yo no he hecho paralelo ninguno. Me he limitado a decir, hablando de un gran pintor español, que «su sobriedad de paleta me hace pensar en Whistler y en Fantin Latour». Busco el número de *La Voz* en el que se me supone atacado, y me convenzo, efectivamente, de que a Juan de la Encina no se le han ocurrido las tonterías que le adjudicaba mi amigo. El inquieto crítico cuida muy bien, como no podía menos, de no involucrar sus claras ideas con los frutos agrañados de su pseudónimo. ¿Que me recomienda no invocar en vano ciertos nombres egregios? Eso es porque Juan de la Encina, por su escrupulosa interpretación del sacerdocio de la crítica de arte, ve fácilmente peligros de herejía en los juicios ajenos. Pero es un muchacho circunspecto y simpático, que tiene la risa fácil, síntoma de carácter nada atrabiliario. Esa seguridad un tanto categórica con que afirma y niega, que muchos confundirían con la pedantería, no pasa de ser una forma del entusiasmo estético, expresado un poco agresivamente, como les ocurre a casi todos los vascos que se sienten artistas. Es posible que nuestros gustos disientan en materia de pintura, y que él no admire a López Mezquita en el mismo grado que yo. ¡Qué le vamos a hacer! Pero Juan de la Encina no puede tener la infantil pretensión de que sus opiniones valgan más que las mías, aunque él las decore con cierto atuendo técnico, muy oportuno en un crítico profesional. Créame Juan de la Encina; cuando él andaba, por dicha suya, con el aro y la pelota, jugando en el Arenal de Bilbao, yo estaba ya de vuelta de los principales Museos de Europa. Lo cual, naturalmente, tampoco quiere decir que mis impresiones artísticas merezcan ser tenidas como dogmas. A medida que se vive, se llega a la conclusión, tan consoladora como divertida, de que todo en el mundo, hasta el arte, es un inmenso poliedro. Cada uno de nosotros ve una o dos superficies, y nada más. Por eso, sin duda, aseguraba Campoamor, que si nadie sabe nada, entre todos lo sabemos todo, cosa que, dicho sea de pasada, había expresado antes Voltaire con no menos ingenio.

Manuel BUENO

Al rededor del estilo

IX

QUEDÁBAMOS en lo de la pesca de las metáforas. Se las pesca en la mar de la filología. Y es para lo mejor que sirve estando burgando y escarbando las entrañas a un lenguaje: para sacar metáforas y resucitar así las palabras. Que sólo son vivas, que sólo son poéticas, que sólo son creadoras, cuando nos muestran su metáfora.

Íbame yo apoyado el codo en el borde del bote, a la sombra de la vela, la cara sobre la mano, hundiendo las niñas de mis ojos, las que aún llevaban como en la infancia la verdura de las higueras de Fuerteventura, en el fondo, en la superficie, en la mar. Veía subir las olas, y mi

profesión de helenista me traía a la memoria que a la ola se la llama en griego *cyma*, nuestra voz cima, y el sentido de este preñado vocablo. Porque *cyma*, nombre indicativo de un resultado de acción, viene del verbo *cyein*, que quiere decir empreñar a una mujer o, por lo menos, intentar empreñarla—pongan la voz castiza, aquella de que tanto abusan los machos, la voz—, y *cyma* es el empreñamiento y luego el embarazo que se le produce a la mujer preñada. Y con este empreñamiento, con este abultamiento de la mujer encinta, cuando se le regaza el delantal, se comparaba el hinchariento de la ola. ¡Maravillosa metáfora que me hacía mirar con otros ojos, con ojos metafóricos, a la madre Mar!

¡Ah, mar materna, dulce y perenne fuente de consuelo, tú que sonríes a nuestras trágicas flaquezas, tú que lavas con tu azulez inmensa nuestras más entrañadas penas! ¡Ah, mar materna, madre de la historia, y que desde más allá de ella nos miras enseñándonos en el fondo de las niñas de tus ojos maternales el fin último de la historia misma! ¡Ah, mar materna, que en el rodar del empreñamiento de tus olas nos cantas el canto dulcísimo del sueño de la vida, nos arrullas con el arrullo de tu virginidad maternal! ¡Ah, mar materna, Madre Virgen, cómo se ahogan en tu seno los rencores y los remordimientos!

Volví luego mis ojos, mis ojos metafóricos, a la tierra, a la aislada tierra de mi destierro, a esta isla maternal de Fuerteventura, y contemplé las cimas, las olas petrificadas, de sus montañas. También ellas se alzaron un día en prodigiosa preñez o las escavó el agua, el agua hoy aquí tan avara.

Y todo esto de las metáforas, a cuya

pesca iba, me llevó a pensar, a metaforizar, en el estilo como causa. Porque es el estilo el que crea pensamiento, y el que carece de estilo no piensa. Aunque se aprenda los pensamientos de los demás.

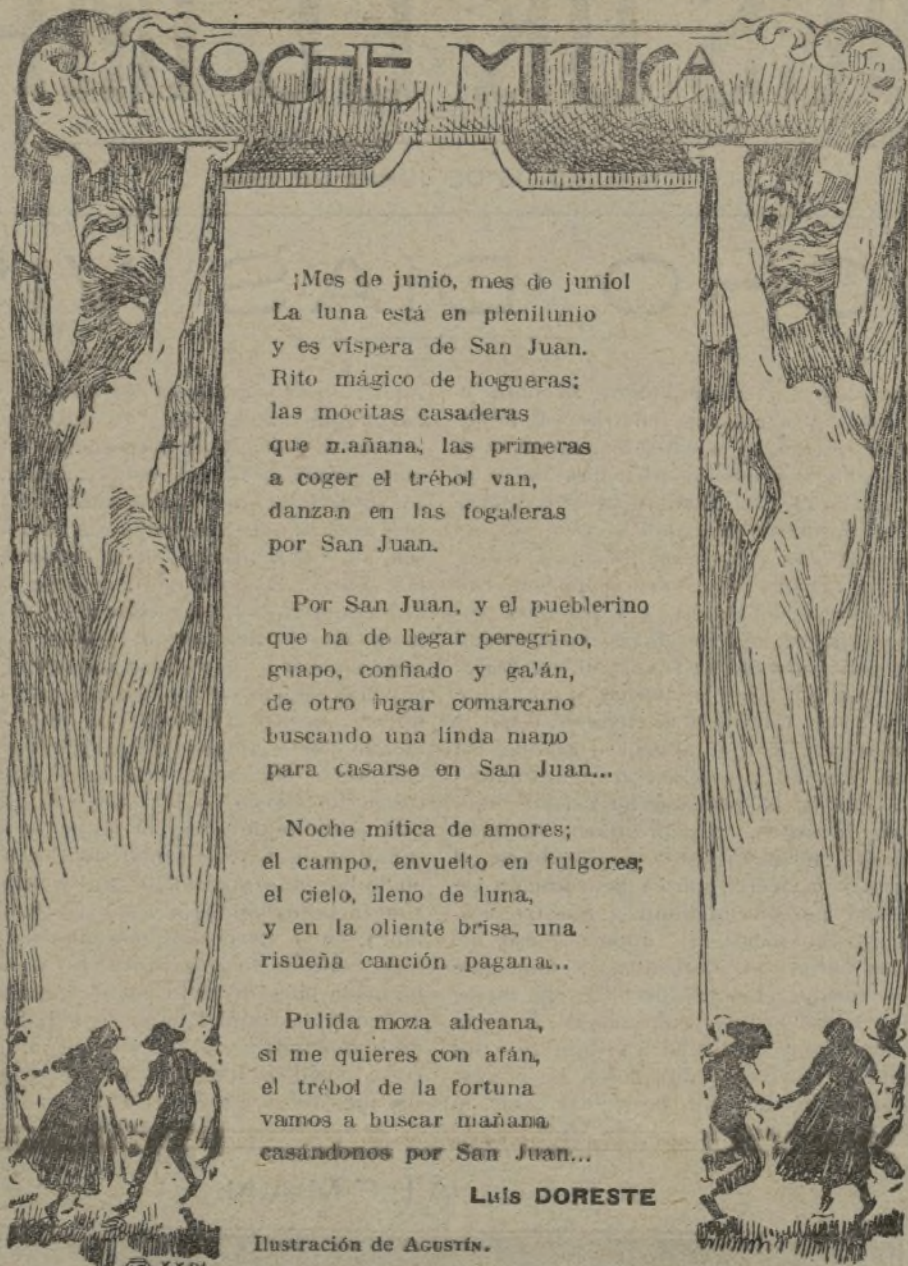
Ese camello, que está ahí rumiando, frente a la mar, mirando—¿mirando?—a la mar con esa cabeza que parece la de una gran serpiente, ese camello rumiante, ¿en qué estará pensando? ¿Piensa el camello?

¿Piensa el camello? He aquí un problema. Aunque no para el camello mismo. ¿Aunque... quién sabe...! Porque esto de si piensan el camello, el toro, el carnero, el ganso, el grillo y el loro mismo es un problema. Que puede llegar a ser pavoroso. ¿Es un problema el de averiguar qué es lo que quiere decir el loro cuando repite: ¡dorito real, para España y para Portugal!

El camello también es una metáfora, ¡claro está! Pero no este camello de que aquí hablo ahora, sino el camello mismo. Un camello, como otro animal cualquiera, es una metáfora, hija del estilo.

Y si no, fijémonos en el estilo de aquellos animalitos antediluvianos de que nos quedan los esqueletos; fijémonos en los retratos que a fuerza de ciencia podemos sacar de una ictiosauro, de un iguanodonte, de uno de aquellos enormes lagartos voladores, y veamos si ello no es cuestión de estilo. Es que la cosa a que llamamos Dios ha cambiado de estilo. El paso del mamut al elefante no se explica más que por una evolución del estilo divino. Es Dios el que ha cambiado, el que se ha ido conociendo, descubriendo, más y mejor a sí mismo. Y por eso vive este su poema, la Creación.

Llamamos la Creación al conjunto de lo creado. Y aquí de D. Juan Manuel



¡Mes de junio, mes de junio!
La luna está en plenilunio
y es víspera de San Juan.
Rito mágico de hogueras;
las mocitas casaderas
que mañana, las primeras
a coger el trébol van,
danzan en las fogaleras
por San Juan.

Por San Juan, y el pueblerino
que ha de llegar peregrino,
guapo, confiado y galán,
de otro lugar comarcano
buscando una linda mano
para casarse en San Juan...

Noche mítica de amores;
el campo, envuelto en fulgores;
el cielo, lleno de luna,
y en la oliente brisa, una
risueña canción pagana...

Pulida moza aldeana,
si me quieres con afán,
el trébol de la fortuna
vamos a buscar mañana
casándonos por San Juan...

Luis DORESTE

Ilustración de Agustín.

Ortí y Lara y de los jesuitas. Y es por que la Creación crea, la Creación crea a su Creador. O sea que el Creador crea creando. Creando y creándose.

Allí arriba, en estas noches, contemplando a las Tres Marias en el centro del cielo, lo que el pueblo de los campos castellanos llama el Carro Triunfante, lo que los sabios llaman la constelación de Orión. A su vera, celeste carretero, chispea Sirio. Y también el cielo es otra maravilla, y las estrellas como frutos de olivas, cimas celestiales. Son las estrellas como esos mugles que un momento se encienden, para apagarse al punto, en el seno de las olas, junto al muelle. Y mar, cielo y tierra, toda la Creación, son una cosa sola.

El que quiera una preceptiva del estilo, lo que estudie oceanografía y astronomía y geografía. Aunque hay que desconfiar mucho de todas las «grafías». No es tanto, sin embargo, como de las «logías». Y la diferencia se ve bien en la que media entre «biografía» y «biología». La biografía es historia; la biología... no es nada. Cuestión, otra vez más, de estilo. El estilo biográfico—siempre autobiográfico—es estilo; el estilo biológico no es estilo.

Miguel de UNAMUNO

CRÍTICA LITERARIA

“El pecado de San Jesusito”
(novela) por Francisco Camba

FRANCISCO Camba es un escritor afortunado en los literarios torneos, asistido de una tal ventura en esas civiles justas, que acaso prevendría en contra de su labor si ésta no fuera de índole como para rehabilitar de una vez para siempre a esos sospechosos jurados que otorgan a veces galardones justamente discutidos. Es el reverso de Gómez de Serna, que, según nos declara en su reciente libro *Pombo* (1924), no tuvo nunca suerte en esas tómbolas literarias. El autor de *La revolución de Laino* obtuvo con esta novela el premio *Fastenrath* de la Academia Española para 1921; y un epigrafe colocado por debajo del título de *El pecado de San Jesusito*, nos advierte, o más bien, nos recuerda, que esta obra fué premiada en un concurso del Círculo de Bellas Artes por un Jurado que componían los Sres. Pérez de Ayala, Gómez Baquero y Hernández Catá. Aprenderemos a decir que la obra premiada hace honor al fallo del Jurado. *El pecado de San Jesusito* es una novela admirable, mejor quizá un poema aldeano, de la aldeana Galicia, sencillez, limpio y aromado, al modo de esa ropa blanca, de que nos habla el autor, y que se guarda entre manzanas, en los viejos arcones.

Es conveniente recordar que, aunque publicada posteriormente la novela de que nos ocupamos, es anterior en la cronología conceptual a las que parecen últimas novelas de Francisco Camba—*El vellocino de plata*, *El enigma de las llamas azules* y *La noche mil y dos*—, aparecidas con posterioridad al premio *Fastenrath*. Premiada hace años, permaneció inédita hasta ahora; pero fácil es ver que pertenece a la primera época del autor, al ciclo de sus novelas regionales; y oportuno hacerlo constar así, ya que de otra suerte podría significar un retorno a la sencillez y como una renuncia de alas, después del vuelo emprendido por el novelista más allá del nativo escenario, en sus últimas obras, en busca de una fórmula de novela más compleja. *La noche mil y dos* señalaba un intento feliz, un gallardo esfuerzo por dilatar el paisaje novelesco y multiplicar el número de los personajes que hubieran de

danzar en el tablero de ajedrez de la fábula, según conviene a un jugador literario de grandes alientos. ¿No pasó Blaschke Ibáñez, según ha hecho notar Insúa, de la novela regional a la novela española, y de ésta a la europea y la internacional? La noche mil y dos era una novela de aire europeo, en la que caminaba con frecuencia el paisaje y desfilaron personajes exóticos, cogidos en la red de una trampa más amplia que la de los tapices regionales. Y tenía, sin embargo, una cosa admirable esa novela: que mostraba la misma pulcritud de estilo, la misma cadencia de lenguaje que sus hermanas anteriores. Como ellas, estaba habida con esa flaubertiana conciencia y prolijidad con que cincelaba e instrumenta Camba sus obras, a riesgo de incurrir en la monotonía de la asalsmodia.

En El pecado de San Jesusito volvemos a oír ese acento galaico en toda su nostálgica y arrulladora cadencia, apañada cortada en el diálogo, que conserva palabras del dialecto (habría, podería, etcétera—un acierto del autor—). Por su paisaje aldeano, por su argumento sencillo—lo que no obsta a su interés—y por sus ilustraciones costumbristas, es esta una novela rural, georgica, y dentro de esta categoría, una novela gallega, que nos recuerda, naturalmente, a los maestros del género—la Pardo Bazán, Valle Inclán y Fernández Flores, el autor de Volvoreta, aunque más señaladamente al divino marqués—. Aquí volvemos a encontrar esos nombres sonoros y musicales de lugares y personas—pueblos de Sigrás, de Gondrame, de Brantoa y de Gistral del Páramo; Angel de Inán, Enrique de Aranga, Claudia la Laberca—que nos recuerdan los de Bradomín y Brandesio, y que siendo muy reales parecen pertenecer a una onomástica ideada con poética; y aquí volvemos a encontrar también esas figuras de mozas pícaras y amables, bajo una apariencia inocente: señorones altivos, llenos de resabios feudales; criados rijosos y ladinos, menudillos y Celestinas, frecuentes en el teatro novelístico del condestable. El argumento de la novela misma es un episodio de la vida feudal o caciquil de las aldeas gallegas, y se desarrolla en torno a la virginidad prometida de una pobre moza, huérfana, Adelaida de Armentón, nacida, a lo que parece, para vivir la regalada vida de las cortesanas, y a la que el párroco del pueblo de Sigrás, el buen sacerdote que por su casi inverosímil virtud es tenido en concepto de santo, toma bajo su protección, admitiéndola en su casa, como criada, para que ayude a la señora Andrea, su ya caduca ama. Don Jesusito llega hasta a comprometer su reputación de santo por defender a la moza de los peligros con que amenazan su hermosura y su natural inocente coquetería, y que se encarnan en la figura arrogante y seductora del señorito del pueblo, Enrique de Aranga, cuyos halagos son para Adelaida como un blasón que ennobleciere su belleza. Don Jesusito lucha denodadamente contra el enemigo, secundado, sin saberlo, por una tía de la muchacha, Claudia la Laberca; una Celestina avispa y astuta, cuyo apodo es ya harto expresivo, pues si no me engaña el Diccionario gallego-castellano, que a la mano tengo, compuesto por el presbítero D. Francisco Javier Rodríguez (Coruña, 1863), la Laberca vale tanto como tunanta. Esta Laberca es opuesta a los amercios de Adelaida con el señorito, porque aspira a que su sobrina disfrute del codiciado estado de ama de cura, cuyas excelentes trata de hacerle comprender en sazonadas amonestaciones. Aleccionada por su tía, la moza prueba a seducir a don Jesusito con sus al parecer inocentes arrumacos; pero el bueno del cura

es un verdadero santo, que sólo se preocupa de la salvación de aquella alma joven, poseída de los instintos, y la muchacha, que sólo atiende al gusto del cuerpo, concluye entregándose a su señorial galanteador.

Cuando don Jesusito se entera de la catástrofe, pretende obligar, con extraordinarios bríos, a Enrique de Aranga a que se case con su víctima; pero aquel logra convencerle de que tal cosa es imposible, y hace que prevalezca un término medio: casará a la muchacha con un su criado, un tal Gorriños, que ya intentó hacer con ella lo mismo que él hiciera, y los proveerá y abastecerá a ambos, encomendándoles el cuidado de uno de sus predios. (Resultará, en suma, que ha ejercido en esta rezagada Galicia el feudal *ius primae noctis*.) Lo notable es que, al verse separado ya para siempre de Adelaida, don Jesusito cae en la cuenta de que amaba a la endiablada moza—que es una suerte de Volvoreta, y perdóneme Camba la evocación, ya que Fernández Flórez acertó a definir y bautizar para siempre a este femenil tipo galaico—, y que, lejos de asustarse, compláciese en el paladeo moroso de ese pecado de pensamiento. Para expiar esa culpa imaginaria, el buen párroco—que no es culpable, en todo caso, sino de haber dado lugar con su desvío a que se acelerase la caída de esa fruta madura de Adelaida, demostrando una vez más cuán inútil es un santo—pídele al obispo que le traslade a Gistral del Páramo, yermo árido, verdadero lugar expiatorio.

Dentro de sus reducidos límites, lo es también esta de Camba, en la cual, como ya dijimos, se mueven y accionan personajes de la más pura cepa galaica, y se entrevén costumbres extrañas y peculiares, de un primitivismo acaso celta, como esa romería a Arealonga, donde las históricas de la región van a sumergirse, a las doce en punto de la noche, en las aguas del lago para tomar las nueve ondas rituales, atisbadas en su desnudez, desde la sombra, por los sátiros campesinos, que con su lascivo asedio convertirán luego la milagrosa playa en un lugar de pagania. Esta escena, admirablemente descrita, nos recuerda una vez más la tradición de amables ritos que perdura en Galicia, y que tiene también su sede en aquel famoso molino de San Adrián, donde mozas y mozos retozan «con paradisiaca inocencia» sobre los montones de trigo y los sacos de harina. (Este molino da pie al autor para entonar una entusiasta loa a esos típicos parajes gallegos, recordándonos que en ellos nació la *muñeira*.—¿Ha leído F. Camba el docto tratado de su paisano Eugenio Montes A Estética da *muñeira*? (1923).)

Si quisiésemos resumir ahora la impresión que nos deja esta novela de ambiente galaico, diríamos que al través de ella se nos aparece Galicia—y es cosa que tiene en su abono la tradición trovadoresca de los Lobeiras y Macías, como un país de amor y de sensualidad, romántico y galante. Sólo que este amor anda siempre revuelto con cierta suma de interesado cálculo, y esa sensualidad no parece sublimarse mucho, en base de alma, por encima de los retozos carnales. Pues esas *volvoretas*, al parecer tan locas, no son sino muy prudentes, y van siempre buscando el mejor arrimo, sin que la luz del verdadero amor las ciegue; Adelaida de Armentón se entrega al señorito porque desespera de seducir al párroco, y no hay otro en el pueblo con quien mejor pudiera caer. Su tía la Laberca, que parece velar por su virtud, no tira, en el fondo, sino a hacer con ella más ventajosa granjería, reservándose al cura, y se da por muy contenta cuando el señorito dota a la sobrina casándola con su criado. Esta falta

de moral, esta fácil aceptación del precio del rescate, que indignarían al ético y al sociólogo, así como la mansedumbre proverbial de la galaica gente parecen tener su explicación en la pobreza de la tierra nórdica, la cual engendra una ideología y unas costumbres desconocidas en países más pródigos (Levante, Andalucía). La novela gallega recuerda la novela feudal de Bretaña, de Albornia (de la verde Irlanda). Esa pobreza impone al gallego de las aldeas un régimen de patriarcalismo opresor, y, sin embargo, grato, que recuerda las ingenuas costumbres de la tribu y mantiene unidos a los individuos como en torno a las cenizas de un hogar pobre, en el gustoso sentimiento de la solidaridad. Esta es la fuerza y la debilidad de Galicia. El gallego apacible, soñador, romántico, lo sufre todo—como el labriego ruso de la época zarista por amor a una tradición que le es grata—, y no reacciona violentamente, como los naturales de otras regiones más ricas. Es demasiado pobre para permitirse sentimientos enteramente nobles, aristocráticos. (Los fieros segundones de *Romance de Lobos* son maniqués históricos.) El bandido andaluz no halla su eco en la novela gallega. Por excepción, podemos citar la mujer-bandolero que nos describe Rey Soto en su admirable novela *La loba* (1918). El gallego sufre la injusticia consolándose con su gaita y con el amor fácil, migajas, a veces, de la mesa del poderoso. Su única forma de desquite es ese humorismo suyo, tan resignado y suave, cual sonrisa de pobre. Ese humorismo hace que nos sea resueltamente simpático y que le perdonemos esa su forzada deficiencia de altura moral.

R. CANSINOS-ASSENS

El escudo de Madrid

Don Miguel Cortés y López, en su «Diccionario geográfico-histórico de la España antigua», destruye la verosimilitud del nombre legendario Mantua, afirmando que en este lugar de la meseta central estuvo situada la mansión militar romana que Antonino, en su itinerario, señala con el nombre de *Miacum*. Supone el que fué ilustre académico dicha voz hebreo-fenicia; de su genitivo *Miaci* deduce Madrid, y Manzanares (río) los considera nacidos de las voces *Miaci-Nahar*.

Se ha discutido también la presencia de la palabra *Ursaria* en el mote del primitivo escudo madrileño: de si derivada del latino *Ursus*, aludiría a la presencia de osos en las extensas madroñeras que abundaron en Madrid en aquellos tiempos; si del hebreo *Ur* significaría entonces fuego, lo que justificaría el dicho de Juan de Mena: «en la su villa de fuego cercada...»; pero en este trance de suposiciones perdería base la afirmación de D. Miguel Cortés y López, pues *Miacum* significa «ciudad levantada sobre terreno de fuego».

Históricamente, el primer nombre de la villa es el de *Magerit*, por el cual se la conoce en el siglo X, cuando D. Ramiro II «desmanteló sus muros», según recoge Mesonero Romanos de la crónica del monje de Silos.

En 1047, Fernando I, el Magno, vuelve contra *Magerit*, y, por último, Alfonso VI ocupa definitivamente la pequeña población cerca de Alcalá.

Magerit asegúrase que significa en árabe *venas o conductos de agua*.

Otro dicho antiguo dice asimismo: «Madrid, la osaria, cercada de fuego, fundada sobre agua».

Alguna alusión se hizo en otro tiem-

po a la fundación de *Magerit* por un moro llamado *Magit*.



En el año 1211, para su expedición contra el Reino de Murcia, Alfonso VIII presenta el pendón morado de la villa, en el que figura como enseña «oso priefito en campo de plata».

Alfonso XI, que también era dado a la caza mayor, y algo escribió acerca de estas adiciones, dice que esta villa «es buen lugar de puerco y oso».

A poco, según se iba constituyendo el escudo matritense, se pintaron en la piel del oso las siete estrellas denominadas *El Carro o Collar*, perteneciente a la constelación Bootes. *El Carro*, en latín, se dice *Carpentum*, y la meseta central de las siete colinas sobre las cuales, como todas las ciudades ilustres, se asienta Madrid, se halla situada en la estribación de la cordillera carpetana.

Sin embargo, Mesonero Romanos pretende que todo esto es falso. ¿Por qué? Si leyenda es tan sólo, ni el glorioso don Ramón pudo destruirla. Por el contrario, hay tanta base real en todo ello...

El escudo fué adquiriendo forma definitiva. El oso entró en un campo de pasto y se le hizo adoptar actitud vertical, alcanzando a un granado madroño, con lo que se quiso simbolizar las luchas entre concejo y cabildo por sus derechos sobre el pasto y sobre el arbolado, pertenecientes a unos y a otros. Al fin, se decidió el pleito dando a los clérigos la hierba y dejando a los seglares que se anduvieran por las ramas.

El dragón alado, emblema de nuestra villa, alude al que se encontró esculpido en láminas entre las piedras de la Puerta Cerrada, emblema perteneciente a los griegos, y que también desató la fantasía de las gentes dadas a lo fabuloso.

Algunos cronistas, especialmente el maestro López de Hoyos, rechazan la forma del dragón alado, por creer que el hallazgo se refería a una cuebra.

En resumen: el escudo de Madrid, tal como ahora se conoce, quedó formado en 1544, cuando el emperador Carlos V concedió a los procuradores de la villa de Madrid, asistentes a las Cortes en Valladolid, el honor de ostentar cimera la corona real. Debajo vese, sobre fondo plateado, un madroño verde, con el fruto rojo, y un oso trepando hasta él; un dragón alado y alrededor una orla azul con siete estrellas de plata.

El primer escudo madrileño que se ostenta aún, desde época remota, sobre las piedras viejas de esta villa, se halla labrado en una de las fachadas de la «Casa del Pastor», donde estuvo el Alhambra, o Concejo moro, primero de Madrid. De dicha casa escribió la historia el cronista D. Pedro de Répide, el que bautizó su cuna con el bello mote de «Villa de las siete estrellas».

Fuó primer Señor de Madrid León V, rey de Armenia, allá en 1383, por honor de D. Juan I de Castilla a su huésped.

En 1561, cumplimentando el deseo del agrio monarca Felipe II, trasladóse a Madrid, desde Toledo, el sello real, los Tribunales y la regia servidumbre. Dos razones influyeron en el ánimo del sombrío meditador de El Escorial para trasladar a esta ciudad su Corte: de una parte, la situación central de su recinto; de otra, sus campiñas entonces risueñas, sus aguas transparentes y aires saludables.



El emblema más preciado de Madrid es éste: dos eslabones hiriendo un pedernal; el mote: «Sic Gloria Labora-Paturus»; la leyenda:

«Fuí sobre agua edificada;
mis muros de fuego son;
esta es mi insignia y blasón.»

Eduardo M. DEL PORTILL.

Cuento para niños por
M. García y Panadés

Historia de un pájaro que fué comido frito

I

La penitente ánima de un gorrión filósofo, y además de filósofo, charía tan desmedido, me contó no ha mucho lo que el paciente lector verá.

Esta es la historia, que no carece del todo de miga.

II

«Yo era uno de los gorriónes más gorritos y graciosos de cuantos se han conocido. No es vanidad.

En el barrio donde vivía era el más famoso de todos los gorriónes.

Aparte de esto, he sido también de lo más tonto e ingenuo que en materia volátil ha existido. Al César... lo que es de él.

No es que yo lo creyese así. Todo lo contrario. Me tenía por la flor y nata de la picardía. Pero los hechos vinieron luego, ¡ay!, a probarme todo lo contrario. Siempre ocurre así. Tengo para mí, ahora que soy rico en experiencia, que entre los hombres debe ocurrir lo mismo.

Yo tuve un amigo. Un amigo a quien quería entrañablemente, a pesar de no ser de mi especie.

Hay cariños que matan. Así lo oí decir muchas veces. Y a fe que es verdad. Aquel cariño mío fué mi perdición.

Le conocí sentado en un banco de un paseo público. Su rostro y sus gestos me fueron en extremo simpáticos. De un salto me coloqué en el suelo, muy cerca de sus pies. Él, entonces, me miró cariñosamente, metió la mano en un bolsillo de su americana—rota y sucia, dicho sea de paso—y me arrojó con singular cuidado unas miguitas de pan.

Yo le agradecí aquella fineza, desbañándome en cánticos y rítmicos baileños.

Cuando, pasado un rato, se levantó para marcharse, yo me dispuse a seguirlo, y así lo hice, en efecto.

Sin perderle ni un momento de vista, aunque la caminata fué larga y complicada, a través de un barrio viejo, de retorcidas callejas, llegué con él hasta su casa.

Vivía en la misera guardilla de una casa altísima. Desde el dintel de la ventana le vi entrar en su habitación. Era muy reducida y de aspecto pobrísimo. No encerraba otros enseres que una mesa antigua, sobre la cual había un montón de libros; dos sillas desvencijadas, varias botellas, un hornillo portátil, una sartén y un colchón de plumas.

Se sentó a la mesa. Parecía triste y preocupado. Yo, por la abertura del cristal, roto, y sin pedir permiso, entré.

No sé cómo tuve valor para tanto atrevimiento. Una venda de confianza me tenía ciego. La cosa fué que entré.

Se sorprendió al verme. Le dije que ya nos conocíamos, y su sorpresa, naturalmente, aumentó.

Hablóme de su vida, de sus contrariedades, de sus esperanzas. Se declaró enemigo de la sociedad, de esta sociedad hipócrita y manchada. Enalteció a los nuevos espíritus, decididos, como él, a destruirla, y edificar luego otra sociedad noble, digna y sin mácula.

Yo le vi absorto. Su fogosa elocuencia me persuadió al punto, y creo hubiera persuadido a cualquiera.

Le estuve escuchando complacido durante largo rato. Sus teorías me encantaban. Eran como un dulce veneno que se iba infiltrando en mi alma, hasta entonces tan ligera y pueril, como de pájaro, al fin.

Me despidió con estas hermosas palabras:

—Pobre soy. Pocas comodidades, y menos regalo alguno, puedo ofrecerte. Pero ven. Agradezco tu primera visita, y aún más agradeceré las sucesivas. Si de algo

mente convencido de que yo había nacido, apóstol. ¿Por qué no había de haber también apóstoles entre los pájaros? Yo era uno de ellos. No cabía duda.

Y ellos, al cabo, sintieron y pensaron como yo.»



te sirven mis ideas, tú me oirás mientras comes las escasas migajas de pan que yo puedo darte...

Me separé de él muy emocionado, deseando que llegase el siguiente día para volver a verle.

III

«Y volví. Volví por espacio de dos meses todos los días. Primero, comía lo que buenamente me reservaba, y después, oíale atento sus anárquicas disertaciones.

Cada vez lo encontraba más enardecido. Sus palabras tenían un fuego que a veces me daba miedo. Sin embargo, yo le escuchaba cada vez con más gusto.

Mi espíritu se transformó al calor de sus discursos, y me hice orador como él. Y todos los días, de vuelta a los árboles de los jardines, explicaba a mis compañeros de plumaje sus teorías libertadoras y justicieras.

También yo ponía en mis discursos un fuego volvánico. Llegué a estar firme-

IV

«Había nevado copiosamente, y al atardecer, un vientecillo sutil y helador prometía una noche detestable...

Yo me acordé de mi buen amigo. Estaría mejor con él en su guardilla que bajo el alero de ningún tejado. Y a su casa fui.

Hacía varios días que no le encontraba al ir a visitarle. Ya cerrada la noche, llegó... No dió a mi presencia ninguna importancia. Cerró las hojas de la ventana, encendió una vela adherida a la mesa y se sentó. Todo esto lo hizo con muestra de enfado, de rabia, más bien.

Interrogué la causa, y contestó: —Mis negocios van mal. Nadie me presta dinero. No tengo ropa con que abrigarme y hace tres días que no pruebo bocado. La vida así es insostenible...

—¿Por qué no trabajas? —¿Trabajar yo? ¡Nunca! Mi trabajo jamás ha de servir para enriquecer a rascacielos y covachuelistas. Prefiero mi libertad... con hambre.

—¡Sublime!—exclamé.

—Además, ya trabajo. Trabajo con el estudio, con las propagandas de mis doctrinas. Esta misma noche debo pronunciar otro discurso en una reunión que celebramos. Y esa es la causa principal de mi desesperación. Tendré que dirigirles la palabra sin haber comido en tres días, sin poder siquiera cenar esta noche. ¡Horrible, francamente horrible!

Yo temblé. Y mi temor creció súbito al ver que el pobre hambriento se fijaba en mí obstinadamente.

—¡Oh, idea salvadora! ¡Oh, feliz circunstancia!—oí que decía mientras a mí se aproximaba—. Por fin ceno esta noche. Tú, mi querido amigo, aviniéndote a un pequeño sacrificio, me salvarás del compromiso en que me hallo. Te freiré cariñosamente, y no dudo que estarás sabrosísimo.

—¿Cómo! ¿Te atreverás a semejante villanía?

—¡Perdóname, simpática avecilla! Pero ¡qué quieres! Necesito hablar de la libertad con elocuencia... y el estómago exige...

—Que me quites no sólo la libertad, sino la vida. ¡Eres un monstruo!

—Soy... un hambriento.

—¿Y la Razón?

—No es digestiva. Yo lo lamento mucho...

—¿Y el derecho a la existencia?

—Está claro y categórico. Mi derecho a existir me obliga a comerte.

Me cogió entre sus manos, riendo con sorna, me estranguló en seguida, y con febriles dedos dejó en un momento mi pechuguita al aire.

Prendió fuego a los carbones que guardaba el hornillo, requirió la sartén, extrajo de una botella una pasta grasienta, y a los pocos segundos mi cuerpo estaba frito y sazonado.

Me comió, muy satisfecho de su hazaña, y salió a la calle...

V

«Mientras mi sustancia alimenticia era digerida por aquel bárbaro, un invencible deseo de venganza se apoderó de mí.

Y así fué, que cuando levantóse a hablar ante un buen número de oyentes, sucedió algo inesperado e insólito. El orador elocuente, en mil ocasiones ovacionado, comenzó a piar de un modo horrible.

En vano intentó que de su garganta fluyeran palabras y conceptos. Piaba descompuesto, piaba frenético, adoptando actitudes que lo hacían más grotesco aún.

El auditorio casi enfermó de risa, y mi joven amigo huyó avergonzado, sin tino y hasta sin razón. Yo había dado con la clave de mi venganza. Cuantas veces se dirija a los demás para hablarles de ideas redentoras y humanitarias, una fuerza superior a él le hará piar como pió su víctima.

Y estoy satisfecho. Sólo un pequeño remordimiento empaña mi ánimo: el entusiasmo ideológico de mis buenos compañeros de jardín, premio de mi propaganda. Y a fe que lo siento. Pues si no guardan sus plumas y se fían de oratorias deslumbrantes, pagarán su inexperiencia... Si usted, amable joven, que ha oído mi historia, siente deseos de escribir algún día, dígame en mi nombre que no se olviden de una cosa: ¡que son carne de sartén!



Ayuntamiento de Madrid

M. GARCIA Y PANADES

Dibujos de ACURIN.

Doña Elisa y la Eternidad

Novela corta original de
= GABRIEL MIRÓ =

Doña Elisa, la dueña de la heredad, quiere visitar a la familia de Sigüenza. Lo ha dicho la labradora.

Sigüenza se promete quejarse a doña Elisa de que estén cegadas las ventanas mejores del caserío: las del lado de la sierra Bernia, la sierra del amanecer, donde rebota todos los días el sol nuevo, encarnado, fresco, goteante de mar; y las de Poniente, bajo el monte Ponocho, en cuyos hombros rueda el sol viejo; se hunde la luna amarilla, descortezada; se desgranar las luces arcaicas de las constelaciones; pasa, volcándose, toda la gloria y todo el cansancio del firmamento.

Dice el Eclesiastés que la risa, el habla y el andar del hombre muestran su corazón. Pues el ánimo del dueño de estas heredas se manifiesta en las ventanas; aquí, aun sin querer, pone su tono, sus resabios, sus cavilaciones, sus conceptos, singularmente el de la interinidad de la vida. Crece el edificio; va cuajándose su fisonomía con los rasgos de los balcones, de las rejas... Una ventana encima de un huerto, del mar, de las soledades de un monte, nos comunica las complacencias de los que están junto a la vidriera mirando. Y apenas se acaban estas órbitas, el dueño les baja unos párpados de ladrillos. En la faz tapiada se endurece una mueca de avidez, como la de los tontos y sordomudos. La ventana no es sólo la mirada, es también el grito, la ansiedad, la sonrisa hacia los senderos, las nubes, los caminantes, las aves, los rebaños, la lluvia, las estrellas... Lo sabe la casa y no lo siente. Su dueño pensó: «Por ahora, dejaremos cerrados los huecos de esas ventanas.» Ya no hay remedio. La obra envejecerá, lisiada y precaria.

... La mujer labradora llama desde los parrales, para recordar a Sigüenza que hoy ha de venir doña Elisa.

Sigüenza sube a los sobrados. Serían los aposentos más sensitivos a la claridad, a las distancias, al silencio del paisaje, y también están ciegos las fenestras de su predilección. Nada más quedó acabado el hastial de la entrada de la carretera; sino que, arriba, los postigos no tienen vidrios, y pasa y sale un alboroto de golondrinas, que fraguan sus nidos de una arcilla tierna y carnosa, y las avispas amasan sus cartujas diminutas en el yeso de las bóvedas. Retumban los pasos de Sigüenza, y al pararse, sigue el latido de las carcomas, que van rosigando cofres desollados, butacones retorcidos entre arneros, calabazas, cofines, que todavía dejan olor rural. Recostada en un odre de aceite, hay una caja grande, redonda, y al levantar la hoja de cartón se le aparece a Sigüenza una corona de difunta, como una enorme araña que se ha desgujado, que se ha congelado; una estrella de mar, glacial y profunda; un trenzado de alambres, de foliajes de tela, de abalorios, todo de una blancura agrietada, y aún le queda el asa para colgarlo de una lámpara. Le parece a Sigüenza que haya abierto un pomo de olor de años, de años de una virginidad ya sin cuerpo. Y vuelve a poner la losa de tiempo y de cartón.

... Ya viene, ya viene doña Elisa por la carretera. Principia la siesta. Sol. No rebullen los árboles. Los bancales cavados son de color de naranja, y encima pasa, como un trazo de frescura, el ruido de las fuentes de la rambla, que resplandece de hueso del Pedrizal.

Viene a lo lejos doña Elisa. Es decir, vienen dos mujeres muy despacito. Ha-

ce tiempo que están bajando la cuesta. Las dos solas en todo el camino, y sus haldas dejan un humo de tierra.

Viste la señora hábito del Carmen de mucha ropa, y le baja hasta el vientre una mantellina de pana. La cubre un paraguas de ballenas combas que trae su sobrina, también vieja, menudita y dura; el filo de la espalda le sale bajo el manto; todo lo mira con humildad y con antiguo rubor de soltera. Las dos calzan alpargatas grises.

Sigüenza les da sillitas; elogia el casal y se duele de las ventanas tabicadas. Esas ventanas... Pero ya no dice más. Es que en seguida la señora, cansándose, desmemoriándose y enmendándose, inocente y terca, lo habla todo. Todo lo recuerda como si lo viese bajo un vidrio empañado. Saca exclamaciones, anécdotas, llores, risas, refranes, y con los dedos, rígidos y estremecidos, parece que se lo deje en la falda; se le olvida y después lo descoge. A veces le lloran los ojos sin pena, o le solloza la

con la punta de su navaja; el macho pateaba y relinchaba de dolor, galopando por las veredas, encima de los abismos.

Doña Elisa y su madre y sus hermanos pasaron la noche y el día llorando juntos, en un corro, delante de la lumbrera. Entraban los lugareños, los cabreiros, los leñadores. Se callaban de súbito para escuchar un estampido remoto. Y a la otra tarde, vino libre el señor. Tres mozos trajan, atravesados en sus mulas, a los ladrones muertos; las ancas de las bestias llegaron rojas de sangre. Y al subir la cuesta del pueblo, volaron todas las campanas de la iglesia, como el Sábado de Gloria.

Doña Elisa sonríe. Era entonces muy criatura. Tampoco durmieron esa noche. Todos acudían a ver y oír al caballero rescatado. Y ella y dos rapazuelas pobres se escaparon al cementerio, donde estaban los ladrones tendidos en la hierba mojada, con los ojos abiertos a la luna, y desde el primer nicho del

En aquellos tiempos suyos todos eran creyentes, creyentes y sumisos. Los ladrones que cogieron a su padre rezaron el Rosario antes de la cena; le decían señor; le pedían permiso para fumar en su presencia...

La señora se queda inmóvil con los manojos de los dedos encima de la herida hinchazón de su vientre. Se ha demacrado. Se le para en sus ojos la bruma de la quietud perdurable. Es la desgana de lo de ahora; es la eternidad, es la eternidad...—vuelve a decirse Sigüenza—, y aun no se atreve a mentar las ventanas tapiadas.

Doña Elisa se desposó con un mayoral. Los dos muy jóvenes. Don Pedro, el marido, se prometía muchos hijos. Tanto amaba las criaturas, que las noches de invierno, a la luz de un velón, iba muy despacio a saber si estaban abrigados los chicos menudos de sus jorraleros.

Sigüenza se lo imagina con todos los hijos deseados. A mediodía, después de vigilar sus labores, sube al comedor, diciéndose con Juan Boscán:

Comamos y bebamos sin recelos,
la mesa de muchachos rodeada,
muchachos que nos hagan ser agüelos.

¡Y todas las ventanas de la heredad estarían jovialmente abiertas!

... Nació una hija. Don Pedro encomendó a Valencia los pañales, las ropas de cristianar, todo de lo más fino. Todo lo guarda en su cómoda doña Elisa, y dos veces al año lo saca al oreo. No sosegaba don Pedro. Quiso mejorar sus propiedades. Una muy rica, en la calma de la marina, toda de moscateles, fué la primera que escogió para sus propósitos. La sobrina, muy apocada, recuerda el júbilo de las cosechas, cuando escaldaban las uvas para hacerlas pasas. Las cajitas blancas, lisas, de madera de chopo, de la chopera de otra heredad, llevaban los racimos confitados al puerto de Gandía, y de allí, a todo el mundo. Y don Pedro arrancó las vides primorosas, trocándolas por cepas de vino. Se pagaba más caro el vino que la golosía de la pasa. Sigüenza don Pedro sus pensamientos. La hoyada de enfrente del caserío, al otro lado de la carretera, de bancales crasos y frescos, toda fué de naranjos, naranjos antiguos; sus troncos y ramas, como los pilares y bóvedas de una catedral. El olor de sus flores llevaba hasta muy lejos una emoción de bodas, de delicias de jardines; los montones de la fruta eran como colinas de sol. Y don Pedro también arrancó los naranjos, todos los naranjos, para plantar alcachofas y almendros; y aquellos árboles tan grandes y hermosos están aquí, en la casa, y no se ven. ¡Sirvieron de leña para los hornos de cal de la obra! Y cuando ya se acababa, el Señor principió a probarles en la desgracia: murió la hija; después, don Pedro. «Allá se fué el carro por el pedregal»

Pronunciándolo se le desgarran los labios y las quijadas de doña Elisa; se atolondran sus manos, le cruje la osamenta; de verdad se ve el carro que caminaba por tierra apacible y, de súbito, desborda y se hunde y brinca por el áspero tumulto de una rambla pedregosa.

En seguida se le nubla la mirada con el telo azuloso, como los brillos viejos de los retablos con el velo morado de la Semana Santa. Es la eternidad, el dolorido misterio de la eternidad...

¡Aquella hija, la única hija, gloria y gozo del pueblo...! Se la pasaban de car-



vocecita con los párpados enjutos, y la mirada se le duerme en un telo, en una niebla de desolación.

Y Sigüenza se dice: «Es que se sumerge en una quietud de eternidad; es el presentimiento velado de la eternidad; ¡es la eternidad!...» Todavía no se le quejará de las ventanas.

La señora pertenece a la casa de más hacienda y rango de todo el término; como que a su padre lo secuestró una cuadrilla de ladrones para exigir rescate.

—¿Es que iba de camino y solo por esas montañas?—le pregunta Sigüenza.

—No; no iba de camino, sino que estaba paseando al sol en esta misma heredad. Porque entonces la heredad estaba más lejos del pueblo que ahora; el pueblo no bajaba tanto; se apretaba todo al amor de la parroquia y no había carretera.

Salieron criados y labradores en busca del señor. Una noche y un día resonaron sus trabucos por las barrancas y torrenteras. Un jornalero vió descenderse a la cuadrilla en su refugio, y montó en un mulo, que le derribó de un bote, y él, recobrándolo, se le agarró a la piel y lo aguijaba, rajándole el lomo

Calvario se volvieron llorando y riendo, despavoridas. En aquellos tiempos suyos todo era grande y más recogido. El mundo estaba muy lejos. Los pueblecitos del valle se sentían en la soledad; se oían unos a otros en las distancias. Ningún trajín. Ni siquiera diligencias ni carros. Senderos y caminitos de herradura. Hasta los campanarios semejaban más altos para hacerse compañía. Cada pueblo cantaba sus tonadas desde lo antiguo, y a la madrugada de los sábados sacaban la imagen de la Divina Aurora, llevándola de portal en portal, entre viejos fanales y rondallas de labradores con clarinetes de picos de avestruz, adufes con cedazos, guitarras de ciego y bombos de feria; todo junto de un sonido pastoril, de amanecer; todo de voz de abuelo; y de repente, callaban y se abrían las gargantas como si cantasen los campos de sementera, los olivares, los montes y los caminos;

A la Aurora tenéis a la puerta,
tenéis a la puerta
pidiendo limosna,
pidiendo limosna, si le queréis dar,
para hacer una ermita a su hijo,
que no tiene casa,
que no tiene casa ni dónde habitar.

sa en casa como una luz de felicidad que querían tener todas las familias.

Todo hubiese sido para esa hija: esta heredad, las de la ribera, con sus hortaliños como de monasterios; las de la marina, los secanos de olivar, los pinares de Puig-Campana, las lencas de algarrobo y sembraduras de Margocho...

... Como ya se cierra la tarde, se despiden la señora y la sobrina, y, cogiendo el paraguas gordo, enrollado, salen bajo el parral, acompañadas de Sigüenza. Dejará a doña Elisa en su casa del pueblo y así le hablará y le pagará el arrendamiento del año.

A nada se vuelve, en nada repara doña Elisa, ni siquiera en una malvarrosa que plantó el difunto don Pedro; la malvarrosa no medra porque la muerden los ganados cuando vienen de pasturar. Acude al labrador para contarle que la noria sube cada día menos agua, porque los cangilones se criban y el pozo se escombra. Doña Elisa no le atiende; pone su mano estropeada y dura en el filo del hombro de la sobrina, y se apartan por el camino, todo en sombra morada.

No; la señora no quiere cavilar ni despreciar dineros en una hacienda que sólo ha de tener mientras viva. ¿Y qué le queda de vivir a sus ochenta y seis años? Después, sin hija ya en el mun-

do, los bienes de don Pedro irán a poder de los de su sangre, y las heredades de ella, a los de la suya. Dejó el caposo sobrino que esperara... Le queda a la señora la sobrina. Todo el pan está ya rebanoado y a punto de que se lo repartan. Doña Elisa, con sus alpargatas, su toca y su hábito del Carmen, ya no le falta sino acostarse en la tierra, al lado de la niña y del marido.

Y otra vez se le llenan los ojos de bruma inmóvil de eternidad; es la eternidad...

Sigüenza se revuelve mirando la gota de lumbre de Venus, lumbre jugosa, de una sensación de desnudez. Ya baja por los bordes de la sierra de Poncho. Se lo avisa a la señora, que no puede levantar tanto su frente, y la sobrina busca el trazo por otro horizonte. Venís, se hunde veloz, quebrándose en la humildad de la mirada, y Sigüenza trepa por un ribazo para alcanzarlo todavía... Se ha embobado el zumo de claridad y el cielo se va desamparando. Por las noches ha de salir Sigüenza para ver el tránsito de la luz encarnada de Marte; del cuerpo de Júpiter, que centellea preciosamente; del Escorpión, que retuerce su cola y su uña de diamantes; de la Balanza, que vibra leve y recta con sus joyas en los platillos infinitos—un peso gracioso para que juegue la nena de la

señora—. Después, aquel trazo de noche se abanda, y Poncho resalta más inmediato y torvo... Eso se podría contemplar de las ventanas ciegas de nacimiento...

La señora sólo aguarda la muerte... ¿No vio Sigüenza la corona de la hija?

Si que la vio: una corona de cristales y flores de paño para una muerte, con calcetines blancos y lazadas blancas y trenzas rubias...

Y la señora se para mirando a su sobrina. Las dos, la nena y la sobrina, nacieron el mismo año. ¡Ahora cumpliría la hija los sesenta y siete!

Ha desaparecido la emoción de infancia como un lucero detrás de la vieja fosca del monte.

...Ya pasa; de cumbre a cumbre, la vía láctea, tan fresca y aldeana que parece un arco de flor de trigo.

De la casaca de doña Elisa, silenciosa y profunda, sale un vaho de cosechas que envejecen en los desvanes, y, sin embargo, hay un íntimo olor de pobreza y abandono. El quinqué estampa en los retratos amarillos de la cómoda una claridad cerrada, concreta. No ha de alumbrar ni costura, ni libro, ni diálogo...

La señora se ha sumido en su sillón de vieja.

Es nada más un hábito de mortaja,

Vida Literaria y Artística

El secreto de Puchkin

Los Soviets, que, aunque con parcialidad manifiesta, realizan un innegable esfuerzo en pro de la literatura rusa, se proponen, con ocasión del 125.º aniversario del nacimiento de Puchkin, el primero de todos los poetas rusos, cuya vida se malograra tan trágicamente, publicar una edición de sus obras completas, con notas y comentarios de los más célebres sabios rusos.

Sabido es que ni los más recientes trabajos del más erudito de los bibliógrafos de Puchkin han logrado iluminar por entero todos los puntos oscuros de los últimos meses de la vida del poeta. Resumamos rápidamente esta dolorosa historia. Puchkin se casa el 18 de febrero de 1831; tiene treinta y dos años, y su esposa es una de las más bellas muchachas de toda Rusia, Natalia Goncharowa, de dieciocho años, la que manifiesta, durante el noviazgo y hasta después del matrimonio, tanta frialdad hacia su marido, como apasionamiento mostraba éste hacia su joven esposa. Mundana, fina y brillante, Natalia Puchkin se convierte pronto, en la corte de San Petersburgo, en una de las bailarinas más cercadas y solicitadas. Los contemporáneos están de acuerdo en decir, sin dejar de reconocer su extrema reserva, que todos los muchachos de la corte suspiraban más o menos secretamente por ella.

Puchkin, cuya sangre africana (su padre se había casado con la nieta de un príncipe abisinio) estaba siempre en ebullición, había estado en más de una ocasión a punto de batirse. A esto llegó a San Petersburgo el bello Jorge d'Anthés, hijo adoptivo del ministro de Holanda en Rusia, el barón de Heeckeren. El joven D'Anthés le hizo también la corte a Natalia Puchkin. ¿Hasta qué punto llegaron estos escarceos amorosos? Punto es éste que permanece todavía en la oscuridad. Como también la «amistad amorosa» del poeta, tan celoso, sin embargo, hacia su cuñadita Alejandrina, que fué su confidente a través de toda esta sombría historia. Muy oscuro también resulta todavía el papel, extraño

cuando menos, representado por ese oficial de la Guardia, que, durante la última entrevista de Natalia y de Jorge en casa de la señora Poletika, se pasea ante la puerta de los dos jóvenes para asegurar mejor su secreto, y quien, pocos años después del duelo donde encontró la muerte Puchkin, se casa con su viuda. Finalmente, también siguen en el misterio los verdaderos sentimientos de Jorge d'Anthés para con Catalina Goncharowa, la hermana menor de Natalia Puchkin. ¿Se casó con Catalina para desviar las sospechas del poeta? ¿La amaba verdaderamente y se contentó con coquetear con Natalia? ¿Amó a ambas mujeres a la vez? Resulta sumamente difícil escoger entre todas estas hipótesis, para cada una de las cuales se pueden hallar argumentos de peso. Pero, sobre todo, lo que más oscuro ha permanecido en toda esta historia, es el verdadero origen de las cartas anónimas que provocaron el drama. Puchkin las atribuyó a los dos Heeckeren, padre e hijo adoptivo. Sin embargo, parece que Jorge d'Anthés tenía el alma lo bastante noble para no rebajarse a tan vil proceder. Por su parte, el barón de Heeckeren temía demasiado por la vida de su protegido para exponerlo tan ligeramente a un duelo, que la violencia apasionada de Puchkin convertiría en trágico irremediablemente. ¿Quién, pues, le reveló al gran escritor las coqueterías de Natalia y, sobre todo, la famosa entrevista en casa de la señora Poletika? Sin duda, no llegará a saberse nunca.

El duelo se verificó el día 27 de enero de 1837. Al hacerse la señal, D'Anthés disparó, y Puchkin cayó al suelo, murmurando: «Estoy herido.» Iban a lanzarse sobre él los testigos y hasta el propio adversario, cuando, alzando la mano, les detuvo Puchkin: «Yo puedo tirar todavía», dijo, incorporándose. D'Anthés volvió a su sitio; Puchkin, apuntando lentamente, disparó. D'Anthés cayó al suelo a su vez. Puchkin, tirando entonces su pistola al aire, gritó: «¡Bravo!» Pero, calmándose nuevamente: «¿Está muerto?», preguntó el poeta. Y cuando sus testigos le dijeron que estaba herido solamente, en el pecho y en un brazo, pero sin gravedad, exclamó Puchkin: «Es singular. Yo había creído que tendría un gran placer en matarlo y ahora

advierto que no es así.» Mientras tanto—él estaba herido en el vientre—, Puchkin iba perdiendo sangre abundantemente y se debilitaba por momentos. No le faltó, sin embargo, la suficiente presencia de ánimo para enviar a un amigo cerca de su mujer que la tranquilizase. Pero, desde el primer momento, comprendió que estaba perdido. Dos días después, en efecto, el 29 de febrero de 1837, expiró. Momentos antes de entrar en la agonía se despidió de su esposa con palabras de una conmovedora dulzura. Luego, viendo a sus amigos alrededor de su lecho, alzando las manos hacia su biblioteca, como si quisiese unir amigos y libros en un solo abrazo y en una sola mirada, murmuró: «¡Adiós, amigos!»

Procesado, Jorge d'Anthés fué absuelto. No le costó gran trabajo el probar que Puchkin estaba empujándose en que se verificase el duelo, y lo había insultado en pleno baile para obligarle a él, lance al que D'Anthés se resistía. Sin embargo, abandonó a poco Rusia, en compañía de su mujer, Catalina, viviendo primeramente en Suiza, y luego en París, donde, durante el Segundo Imperio, representó un muy importante papel. Algunos años después del drama, como queda dicho, la viuda de Puchkin se casó nuevamente: con el joven oficial Lanskoy, que había sido el vigilante de sus entrevistas con D'Anthés.

Los Libros de la Semana



La flor de los años (poesías), por Emilio Ramírez Angel. — El ilustre escritor, que obtuvo, hace poco, el importante premio «Mariano de Cavia», acaba de publicar, con el título de *La flor de los años*, un bello volumen de poesías. Ramírez Angel, cuentista, novelista y cronista admirable, es un poeta de honda sensibilidad y doble prosa-

una faz exáguo, un frontal ascético... Pero Sigüenza ha de cumplir sus deberes de inquilino, y encogidamente le ofrece los dineros del alquiler.

Quizá no los vea doña Elisa desde su retiro del tiempo ya pasado, desde la bruma de sus órbitas, la bruma de eternidad.

Desde allí viene su voz preguntando:

—¿Es lo del año; todo lo del año?

Y sus dedos de difunta abren los billetes y vuelven a debilitar; palpan los dueros y hacen montoncitos.

—¿Y todo está aquí?

En seguida llama al sobrino, que le gobierna y cobra las rentas; un hidalgo rubio que los domingos toca el órgano en la misa mayor.

También cuenta los dineros y resultan cabales.

—(Todos y tan pocos! —suspira doña Elisa.

Y otra vez los repasa, los palpa, los sospesa. Los tiene un rato cogidos, los guarda en la cómoda, se hunde la llave en el seno y vuelve a su butaca. Y otra vez se le nublan los ojos con el velo de la quietud impenetrable de la eternidad. Es la eternidad...

Gabriel MIRO

Ilustración de Agustín.

plia lírica. Así lo prueban nuevamente las composiciones, todas ellas bellísimas, que se hallan reunidas en este volumen.

Márgara (novela), de Mathews de Alburquerque, versión castellana y prólogo de R. Cansinos-Aceñs. — Esta hermosa novela, de ambiente español, una de las obras más considerables del insigne escritor brasileño, será muy gustada por nuestro público. Cansinos Aceñs, nuestro gran crítico y estilista, la ha vertido admirablemente al castellano, prologándola con unas páginas tan interesantes como llenas de acierto y del más elevado sentido crítico. Bien entra en nuestras letras, de mano tan autorizada, una novela, como *Márgara*, por todos conceptos de valor tan eximio.

Advertimos a los señores que nos honran con su colaboración espontánea, que "en ningún caso" nos es posible devolver los originales no solicitados ni mantener correspondencia acerca de ellos.

EDITORIAL "MUNDO LATINO"

Sagasta, 14. — MADRID — Apartado 502

De José A. Balseiro,

notable poeta portorriqueño, acaba de publicarse

LA COPA DE ANAGREONTE

Libro de honda y sugestiva poesía, llena de ritmo y musicalidad, al través de cuyas estrofas se puede observar las admirables dotes del autor, destinado a ocupar un alto puesto en el Parnaso hispanoamericano.

PRECIO: 4 pesetas.

De venta en todas las librerías de España y América y en la = CASA DEL LIBRO = Pí y Margall, 7

El complemento de la Agricultura es un Molino sistema Alberto Escobar

Los Molinos de viento sistema Alberto Escobar se han extendido victoriosamente por toda la Península.—Existen numerosos pueblos cuyo servicio de abastecimientos de aguas se efectúa normalmente con Molinos Escobar.—Con los Molinos Escobar se pueden elevar hasta 500.000 litros de agua en diez horas.—El famoso Molino Escobar lo poseen Compañías de ferrocarriles, Granjas agrícolas del Estado, Juntas de Sanidad de los Puertos y Comunidades religiosas, entre ellas las Carmelitas Descalzas de Villanueva de la Jara (Cuenca), las de Murguía (Álava) y Adoratrices de Alcalá de Henares.

Es para EL IMPARCIAL un gran honor describir en sus columnas aquellas industrias que honran nuestra patria por producirse en ella, desterrando a las extranjeras, a las que aventajan en calidad y precio.

Si todas cuantas industrias son orgullo de nuestro suelo merecen que las tratemos con cariño y entusiasmo, ¿qué no haremos por la que hoy nos ocupa, que es uno de los principales factores para la agricultura, por la que tanto se interesa EL IMPARCIAL?

Desde estas mismas columnas hemos dicho una y otra vez, y seguiremos insistiendo, lo necesario y útil que para España es fomentar su agricultura, que es su primera riqueza, la más grande del país y la más castigada por el fisco. Aunque tarde, han reconocido nuestros Gobiernos la conveniencia de atender las justas demandas de los agrarios, y han legislado leyes que les favorecen; pero como las aplican muy de tarde en tarde y, sin embargo, los impuestos aumentan de día en día, resulta que los agricultores están, en su mayor parte, arruinados, porque en España, debido al retraso de implantación de riegos, son casi todos sus predios de secano, y cuando el cielo no arroja agua a su tiempo, todos son lamentos en los labradores, que han de pagar religiosamente sus tributos, sin que nadie se apiade de que la sequía no les permitiera resarcirse de los gastos originados.

Hay leyes tan acertadas como la de aguas de 1907, que han solventado en parte este conflicto, sin llegar a resolverlo de un modo definitivo, pues como el Estado carece del dinero necesario para llevar adelante las obras hidráulicas que han de permitir la duplicidad de la riqueza en nuestro suelo, hay que recomendar a los buenos españoles, es decir, a los agricultores que sientan en su alma el patriotismo, que olviden cuantos trabajos hayan llevado a cabo en aquel sentido y se decidan a la implantación de los riegos en sus fincas, empleando para ello el sistema Alberto Es-



Molino de viento de 10 metros de diámetro, armándolo para su comprobación

cobar, Molino de viento, español, cuya patente corresponde al número 56.049, que, plenamente convencidos de ello, decimos que es, en su clase, el aparato más perfecto de cuantos hasta el día se conocen.

Esta tan rotunda afirmación es debido a haber visto nosotros funcionar los dos Molinos de viento de este sistema que en su próxima finca de Galapagar tiene instalados el ex ministro de Fomento D. Rafael Gasset, Molinos que, por su funcionamiento tan perfecto, han merecido elogios para el fabricante, de labios de tan autorizada persona en materia de riegos.

Allí mismo pudimos nosotros comprobar la eficacia de los Molinos Escobar, viendo cómo con vientos flojos trabajaban a perfección, llenando de agua las balsas y depósitos sin gasto ni cuidado alguno. ¡Una verdadera maravilla!

También otra vez pudimos apreciar, en ocasión de «venirsenos encima» (como vulgarmente se dice) una fuerte ráfaga de viento huracanado, que hasta uno mismo peligraba, cómo los Molinos, automáticamente, se abrían y cerraban, según era la intensidad y violencia del viento, orientándose al propio tiempo con tal ligereza y seguridad, que no hacía en ellos mella alguna la violencia del huracán.

Era una cosa realmente hermosa.

De esto nació en nosotros la idea de esta información, que creemos utilísima para los agricultores, y para adquirir datos más extensos que poder ofrecer a nuestros lectores, decidimos visitar a don Alberto Escobar, fabricante de dichos Molinos de viento, en sus propios talleres instalados en la Carretera del Hos-

pital—Carabanchel (Madrid)—, y así lo hicimos.

Nuestra decisión fué un acierto, porque D. Alberto Escobar, que es un luchador incansable, al que luego dedicaremos unas líneas, nos dijo cosas referentes a sus Molinos y a los agricultores que entendemos es una obligación el darlas a conocer.

Lo primero que al entrar en los bien montados talleres del Sr. Escobar nos llamó la atención fué el patio de monturas, en donde, a pesar de ser construidos los Molinos Escobar por series, se comprueban los aparatos, uno por uno, antes de ser expedidos.

La fotografía que publicamos del mencionado patio da idea perfecta de ello, y es la mejor demostración de la intensidad de producción de dichos talleres.

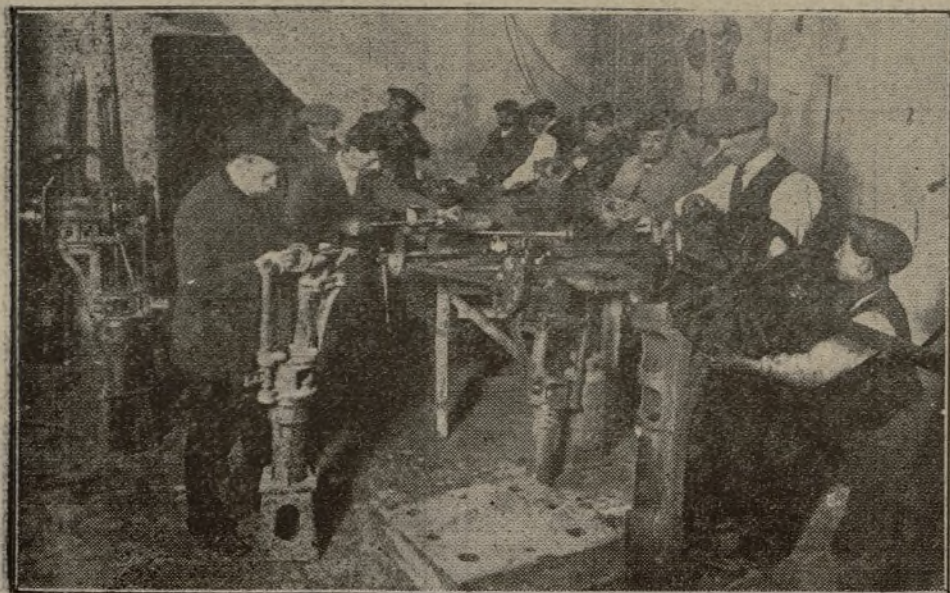
En esta fotografía, y montados sobre torrecitas adecuadas a ello, se ven los cinco tipos más corrientes de Molinos. Los Molinos de tamaños más grandes se comprueban en otro patio, pues es conveniente hacer saber que los Molinos Escobar se fabrican de ONCE tamaños.

No podemos resistir a la tentación, y publicamos una fotografía del gigantesco Molino Escobar que desarrolla diez caballos de fuerza, y lo mismo sirve para elevación de agua que para fuerza motriz.

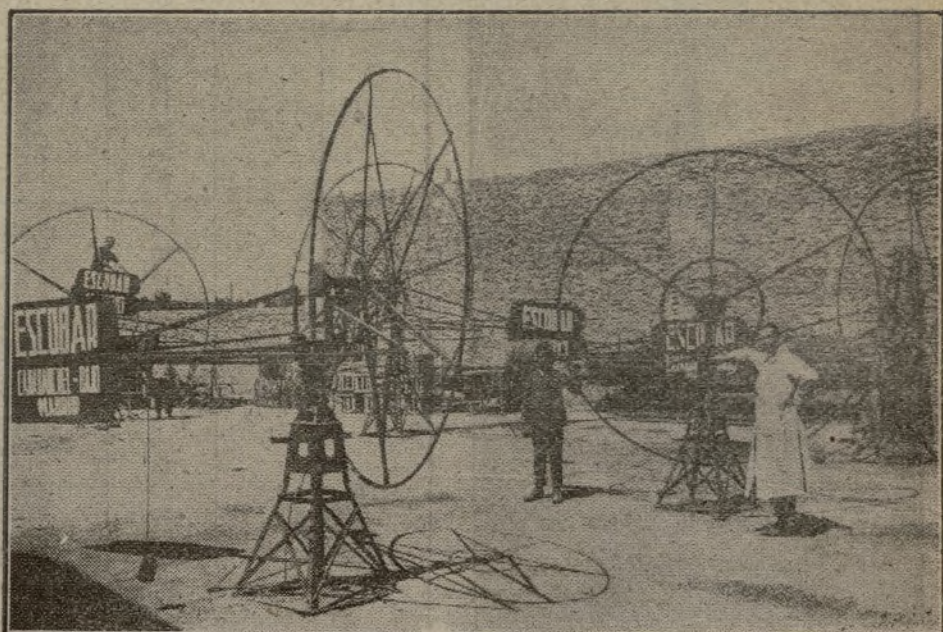
Allí, en aquel patio, íbanos el Sr. Escobar contestando a nuestras preguntas, complaciéndonos en hacer constar aquí las más importantes:

—¿Es verdad que las ruedas de los molinos americanos dan más vueltas que las de los Molinos Escobar?

—Efectivamente, los molinos de sistema americano dan la sensación de que trabajan más; pero ello no es cierto. Las ruedas motoras dan más vueltas que las de más Molinos, pero es el caso que sacan menos agua. ¿Demostración? Pues que como los mencionados molinos van por un sistema de engranajes cuya proporción son de tres a uno o de cuatro a uno, y los míos, además de no llevar ni una sola rueda de engranaje, van direc-



Sección de ajuste de los Molinos Escobar



Patio de montura de los Molinos Escobar

tos, no necesitan, como el molino americano, dar tres o cuatro vueltas la rueda motora para una sola pistonada de la bomba, sino que, vuelta que da la rueda motora, embolada que da la bomba, y como ésta suele ser siempre de doble efecto, obtengo una grandiosa diferencia en el rendimiento de agua.

—La bomba de doble efecto, ¿es más cara que las otras?

—Desde luego, la bomba es mucho más cara que los cilindros-bombas que suelen emplear otras marcas; pero el comprador va mejor servido. Además, yo no envío nunca una bomba cuyo cuerpo interior no sea de metal, y así son ingastables.

—¿Tiene usted cariño a la agricultura?

—¿Cariño a la agricultura? ¿Ganas de ayudar a los agricultores? De seguro no hay quien haga (dentro de su esfera) más por ellos. Verán ustedes. No ignorarán que los Bancos españoles no son los más a propósito para abrir la mano en cuanto al crédito industrial se refiere. A lo sumo, noventa días es lo más que suelen conceder. Con ello no es posible hacer nada en favor de los agricultores, y, sin embargo, yo he llegado a conceder treinta y seis meses de plazo!! He vendido y vendo Molinos a pagar desde 75 pesetas al mes, poco más de lo que cuesta adquirir un fonógrafo o una máquina de coser. ¿Quieren ustedes mayor demostración de mi cariño a los agricultores?

—¿Hay muchas reparaciones en los Molinos?

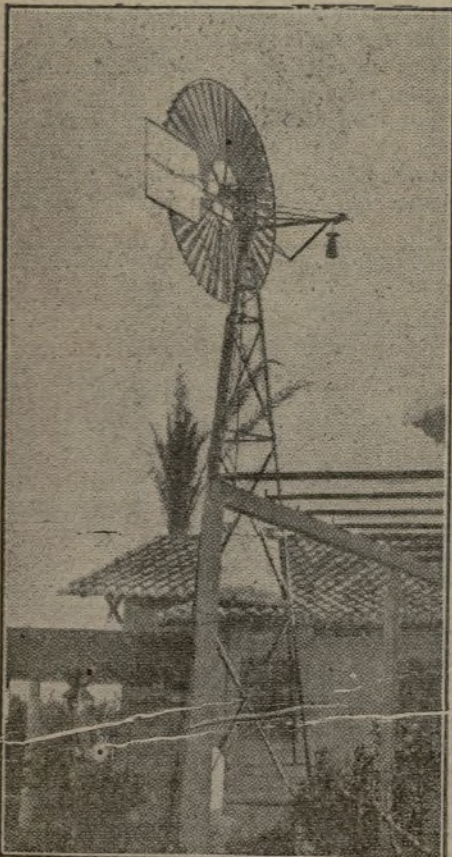
—No suele haberlas. Precisamente hace unos días he recibido una carta de D. Juan Casais, de Celanova (Orense), cuyo señor tiene un Molino de mi patente más de diez años trabajando, y me pide unos engrasadores, única cosa que ha necesitado en tantos años. Esto también depende, claro es, del cuidado que se tenga con el aparato.

—¿Ha vendido muchos Molinos Escobar?

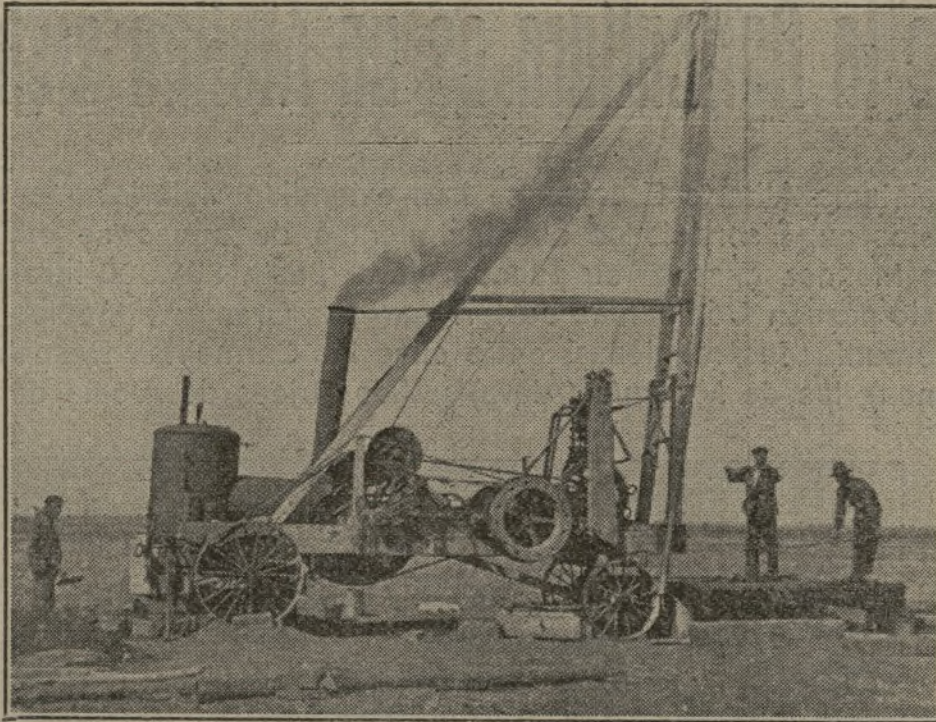
—Tengo muchísimos instalados. Es rara la provincia o región en donde no haya algún Molino Escobar.

—¿Siempre los ha fabricado igual?

—Se diferencian bastante de los primeros Molinos que fabriqué, pues se han ido perfeccionando cada vez más; claro es que sin salirse de lo que constituye la patente de mis Molinos.



Molino de viento Escobar para riego de jardín y abastecimiento de la casa



Construcción por la Casa A. Escobar de un pozo artesiano, en Gordocillo (León)

—¿No tiene usted miedo de que los huracanes se lleven sus Molinos?

—Tengo tan grande confianza en ellos, que en un contrato de un Molino que vendí a D. Buenaventura Jiménez, afamado doctor en Medicina, de Albacete, puse una cláusula (excesivamente atrevida), en la que le respondía de que ningún huracán le arrancaría su Molino ni le estropearía la torre, comprometiéndome yo, si tal pasare, a ponerle una nueva. Desde que se instaló dicho Molino ha habido huracanes fortísimos en aquella región, y nada ha sufrido. Tengo en mi poder una carta del decano del Colegio de Abogados de Logroño, D. Emilio F. Cadarso, en la que me dice que en el tiempo que tenía el Molino instalado sólo había tenido que sentir el desprendimiento de una paleta a causa de

me yo, si tal pasare, a ponerle una nueva. Desde que se instaló dicho Molino ha habido huracanes fortísimos en aquella región, y nada ha sufrido. Tengo en mi poder una carta del decano del Colegio de Abogados de Logroño, D. Emilio F. Cadarso, en la que me dice que en el tiempo que tenía el Molino instalado sólo había tenido que sentir el desprendimiento de una paleta a causa de

TABLA demostrativa de la CANTIDAD DE AGUA que pueden elevar los Molinos de viento Alberto Escobar, patente 56.049, a distintas alturas, con vientos de siete metros de velocidad por segundo, viento moderado, según cálculo teórico-práctico basado sobre la clasificación oficial de los vientos de la Granja Instituto de Agricultura de Levante.

Núm. del Molino	Diámetro de la rueda Metros	Elevación total del agua Metros	Rendimiento por hora de trabajo Litros	Núm. del Molino	Diámetro de la rueda Metros	Elevación total del agua Metros	Rendimiento por hora de trabajo Litros
1	2	5	2.000	7	5	5	24.000
		10	1.000			10	13.000
		15	800			15	8.800
		20	600			20	6.150
		30	400			30	3.900
2	2,50	5	5.000	8	6	40	3.150
		10	2.000			50	2.700
		15	1.500	9	7	5	28.000
		20	1.000			10	20.000
		30	800			15	15.000
3	3	5	6.000			20	11.000
		10	3.000			30	7.000
		15	2.500			40	5.000
		20	1.800			50	4.000
		30	1.100	10	8	5	31.500
4	3,50	40	600			10	24.000
		5	10.000			15	17.000
		10	5.000			20	13.000
		15	4.000			30	9.500
		20	3.500			40	6.000
5	4	30	2.100			50	5.000
		40	1.500	11	9	5	34.000
		5	15.000			10	29.000
		10	9.000			15	26.000
		15	6.000			20	19.000
6	4,50	20	5.000			30	14.000
		30	3.000			40	10.000
		40	2.500			50	8.000
		50	2.000			60	5.000
		5	18.000			5	47.700
		10	10.000			10	38.000
		15	7.000			15	30.000
		20	6.000			20	23.000
		30	3.300			30	17.000
		40	3.000			40	12.000
		50	2.500			50	9.800
						60	6.500

NOTAS. - 1.ª Elevación total del agua, es la distancia desde el fondo del pozo da donde se ha de extraer hasta la parte superior del depósito a donde se ha de conducir el agua, contada verticalmente. 2.ª Los rendimientos de aguas son aproximados.

un huracán. Y como ésta, una infinidad de cartas y referencias.

—¿Además de los Molinos de viento, construye usted otras maquinarias?

—Construyo bombas, norias, malacates, etc., y, en general, todo cuanto tiene relación con los alumbramientos y elevación de aguas, y además me dedico a la construcción de pozos artesianos y sondeos, y precisamente ahora estoy haciendo unos en unas obras muy importantes en Cataluña.

—¿Qué obras son esas de Cataluña?

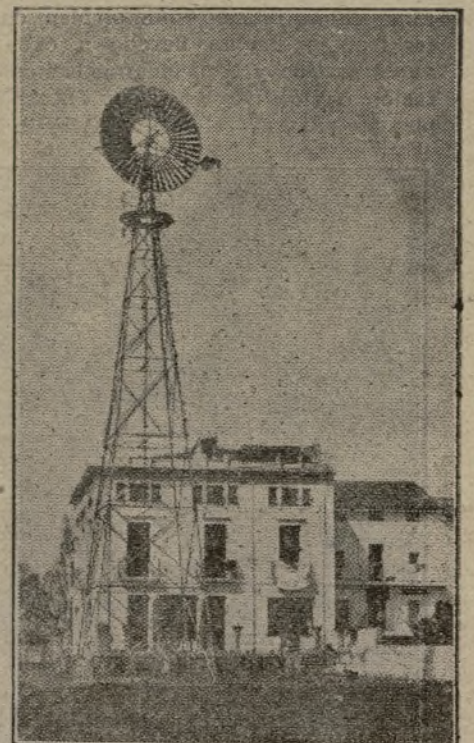
—Son unos sondeos para explorar el subsuelo, en donde se proyecta construir un pantano de grandiosa importancia. Allí tengo varios equipos trabajando a la vez en diferentes sitios, cada uno con sus brigadas de obreros correspondientes. Son obreros especializados, y casi todos los jefes de brigada son valencianos.

—¿Y en los pozos artesianos, ha tenido usted muchos éxitos?

—Afortunadamente, muchos. Los más recientes han sido grandiosos. El uno, en Iscar (Valladolid), construido por cuenta del Ayuntamiento. A los 150 metros se alumbraron las aguas artesianas, que se elevan dos metros sobre la tierra. Tiene cantidad de agua suficiente para el abastecimiento de la población, y su potabilidad es excelente. El otro éxito ha sido en una finca del ingeniero D. José María Valdés, en Gordocillo (León), en donde las aguas, que se alumbraron a los 177 metros de profundidad, se elevan SIETE METROS sobre la superficie de la tierra.

Estas fueron las más importantes noticias que el Sr. Escobar, persona amabilísima en extremo, que a la vez es un verdadero enamorado de su negocio, nos dió contestando a la larga serie de preguntas que le hicimos, y que reproducimos aquí, seguros de que con ello hacemos un favor a los agricultores, ya que, al propio tiempo que les enteramos de las superioridades de los Molinos de viento Escobar, les ponemos en conocimiento dónde está la persona a la que pueden dirigirse para toda clase de consultas que necesiten en relación con los riegos, en la seguridad de que no han de salir defraudados, por reunir, a la vez que conocimientos superiores en la materia, una rectitud de conciencia no común.

Están situados los talleres Alberto Escobar en la Carretera del Hospital, Carabanchel Bajo, Madrid.



Molino de viento Escobar del tamaño número 4, de excelentes resultados